

LA GUERRA CONTRA EL FANATISMO DE MARIO VARGAS LLOSA

SEYMOUR MENTON
University of California, Irvine

La guerra del fin del mundo, la mejor novela de Mario Vargas Llosa, termina con las palabras: «Yo lo vi».¹ Esas palabras, pronunciadas por una vieja esquelética, se refieren a los arcángeles que subieron al cielo al ex cangaçeiro Joao Abade. Por lo tanto, constituyen una muestra final de la fe ciega engendrada entre los pobres y los lisiados por el profeta fanático Antonio Consejero. Además, esas palabras captan la visión del mundo mágicorrealista proyectada por toda la novela que refleja la idea de Borges y de García Márquez según lo cual la realidad no es susceptible de ser aprehendida en su totalidad.

Si la realidad es ignota, razón de más para denunciar el fanatismo, eje estructurante de toda la novela: fanatismo no sólo del profeta y de sus seguidores sino también de su contrincante principal y de otros personajes. ¿Por qué Vargas Llosa publica en 1981 una novela histórica sobre un suceso transcurrido ochenta años antes en el Brasil?² Además del valor intrínseco de ese suceso novelesco, no cabe duda de que la condena del fanatismo en la novela proviene de

1. Véase «Ver para no creer: *El otoño del patriarca*», *Caribe*, I, 1 (1976); publicado también como capítulo de S. MENTON, *La novela colombiana: planetas y satélites*, Bogotá, Plaza y Janés, 1978, y en P. EARLE, *García Márquez*, Madrid, Taurus, 1981.

2. Alfred MacAdam plantea la misma pregunta: «¿por qué se interesa este escritor peruano, cuyos libros de una u otra manera, tratan del Perú y de los peruanos, por una sublevación que ocurrió en el sertón bahiano del nordeste brasileño en el siglo pasado?» (159) pero, en vez de contestar a su propia pregunta, se dedica a señalar el carácter intertextual del tema del escritor frente a la epopeya de lucha. José Miguel Oviedo señala acertadamente los grandes aciertos de la novela sin reconocer debidamente el papel positivo del barón. Ángel Rama diserta mucho sobre la ideología de la novela sin aludir a la situación actual del Perú y sin reconocer la condena del fanatismo como eje estructurante de toda la novela. Raymond Souza reconoce la relación entre la novela y los guerrilleros de Sendero Luminoso (69); señala la condena del fanatismo y la evolución positiva del barón; pero no parece reconocer esta condena del fanatismo como el eje estructurante de toda la novela.

la posición política actual del autor, candidato centrista para la presidencia del Perú. O sea que la condena del fanatismo se extiende al fanatismo de los guerrilleros de Sendero Luminoso, activos en el Perú en la década del 80.

Frente a la condena del fanatismo, se contrapone el elogio de la flexibilidad, simbolizados respectivamente por el fuego y el camaleón. El profeta tenía los «ojos incandescentes» (16), «ojos ígneos» (32) y cita las palabras bíblicas: «¡Vine para atizar un incendio!» (91). Después advierte que «el fuego va a quemar este lugar» (152) y que «habrá cuatro incendios» (152). Como declaración de guerra contra el gobierno republicano, el profeta manda quemar los decretos de secularización de 1889. Desde luego que el motivo recurrente del fuego se nutre de las sequías de la región, de la frecuente mención de las fogatas y del uso metafórico de verbos como «llamear» (16).

Igualmente fanático es el coronel Moreira César, defensor incondicional de la República, mandado por el gobierno a acabar con la rebeldía de Canudos. Antes defendía «en ese periódico incendiario, *O Jacobino*, sus tesis a favor de la República Dictatorial, sin parlamento, sin partidos políticos» (146). Llega a encargarse del mando de las tropas en «la atmósfera ardiente» (147) de Queimadas; tiene «unos ojitos que echan chispas» (146) y habla «en un tono encendido» (147).

El tercer protagonista fanático de la novela es el frenólogo y anarquista escocés Galileo Gall. Más simpático que los dos anteriores, Gall es igualmente fanático y también se identifica con el fuego. No es por casualidad que tiene «una enrulada cabellera rojiza» (18), «cabellos encendidos» (19) y «una barbita rojiza» (19). Galileo había estado en la cárcel «acusado de complicidad en el incendio de una iglesia» (25). Peleó en la Comuna de París en 1871 y colabora en un periódico de Lyon llamado *L'Étincelle (chispa) de la révolte* (125). Por sus experiencias revolucionarias, «fogueado en las luchas políticas» (74), cree que podría ayudar a los rebeldes de Canudos, a pesar del fanatismo religioso de éstos. O sea que para Gall, su carácter de «combatiente de la libertad» (19) predomina sobre su anticlericalismo. Es tan fantástico en su idealismo revolucionario que cree que el sexo distrae al hombre del ideal revolucionario. Cuando, después de unos diez años de abstinencia, se deja tentar por Jurema, no lo puede comprender y su única explicación es que «la ciencia es todavía un candil que parpadea en una gran caverna en tinieblas» (108).

Frente a los tres fanáticos principales, el otro héroe de la novela, junto con el periodista miope, resulta ser el barón de Cañabrava, hacendado que se identifica con el camaleón. Con este personaje, Vargas Llosa justifica el cambio de su propia ideología de socialista a capitalista.³ Al volver el todopoderoso caudillo

3. Como tantos intelectuales hispanoamericanos, Vargas Llosa apoyó con entusiasmo la revolución cubana en sus primeros años aunque reservándose el privilegio de criticar el socialismo con el fin de mejorarlo. A partir de 1967, sin embargo, se convierte en *persona non grata* con el gobierno

bahiano de Europa con su esposa, escucha las malas noticias políticas mientras trata de localizar el camaleón: «un animal con el que se había encariñado como otros con perros o gatos» (165). Respecto al coronel Moreira César, el barón piensa: «no era bueno que viniera. Era un fanático y, como todos los fanáticos, peligroso» (165). El barón sorprende a los suyos declarando serenamente que había que ofrecerle al coronel Moreira César, a pesar de su jacobinismo republicano, el apoyo de su Partido Autonomista. Justifica su decisión afirmando: «para defender los intereses de Bahía hay que seguir en el poder y para seguir en el poder hay que cambiar de política, al menos por el momento» (167).

Además de su astucia, el barón se distingue por su compasión humana y su sufrimiento, rompiendo el estereotipo latinoamericano del hacendado rico y desalmado. Padrino de la boda del rastreador Rufino y Jurema, ex criada de su esposa, el barón, sin embargo, se siente obligado a dar su permiso a Rufino a que mate a Jurema por su infidelidad con Galileo Gall. Sufre sinceramente a tal punto que se olvida del descubrimiento del truco de su enemigo político Epaminondas Gonçalves de matar a Gall para delatar falsamente la complicidad del gobierno británico en la sublevación monarquista de Canudos. El hecho de que los siguientes renglones sean los últimos del capítulo destacan aún más la humanidad del barón: «pero, a pesar de lo extraordinario del descubrimiento que había hecho, no pensaba en Epaminondas Gonçalves, sino en Jurema, la muchacha que Rufino iba a matar, y en la pena que su mujer sentiría si lo llegaba a saber» (189).

Durante la visita del coronel Moreira César a su hacienda, la humanidad del barón sigue creciendo. Su esposa le explica al Coronel que los esclavos del barón «fueron libertados cinco años antes de la ley» (210). A pesar de que el barón permite que el médico trate las convulsiones epilépticas de Moreira César en su casa, éste se despide afirmando: «usted y yo somos enemigos mortales, nuestra guerra sin cuartel y no tenemos nada que hablar» (211). El mantener la tranquilidad frente a esta provocación «—Le agradezco la franqueza—» (212), otra vez al fin del capítulo, enaltece más al barón.

En el capítulo siguiente, el barón se enfrenta a otros dos fanáticos: Galileo Gall, quien, vivo, podría desmentir la acusación de Epaminondas, y el ex yagunzo Pajeú, devoto del Consejero. Pajeú le revela al barón su misión de quemar la hacienda pero permitiendo que el barón y los suyos se escapen. Sabiendo que la resistencia sería inútil, el barón reconoce su impotencia ante los fanáticos a la vez que lamenta su predominio: «no, nunca comprendería. Era tan vano tratar de razonar con él, como con Moreira César o con Gall. El barón tuvo un es-

cubano por su disputa con Haydée Santa María y por su posición crítica respecto a la invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968 y el caso de Padilla entre 1968 y 1971. Véase S. MENTON, *Prose Fiction of the Cuban Revolution*, Austin, University of Texas Press, 1975, pp. 146, 153-156.

tremecimiento; era como si el mundo hubiera perdido la razón y sólo creencias ciegas, irracionales gobernarán la vida» (238). Con la mayor preocupación por su esposa Estela, el barón sacrifica su carrera política permitiendo que Gall salga de su casa en busca de Canudos. Dándose cuenta del tremendo fanatismo de la gente de Canudos, propone después un acomodo con los Republicanos (272). A Epaminondas le ofrece apoyar su candidatura con la sola condición de «que no se toquen las propiedades agrarias ni los comercios urbanos» (330).

Para convencer a Epaminondas a que acepte el pacto, alude implícitamente al Perú de Vargas Llosa:

Hay que hacer las paces, Epaminondas. Olvídense de las estridencias jacobinas... El jacobinismo murió con Moreira César. Asuma la Gobernación y defendamos juntos, en esta hecatombe, el orden civil. Evitemos que la República se convierta, aquí, como en tantos países latinoamericanos, en un grotesco aquellarre donde todo es caos, cuartelazo, corrupción, demagogia... (332)

Retirado de la política y amargado por la locura de su esposa, el barón sigue identificándose con el camaleón. Accede a la petición del periodista miope de volver a trabajar en su periódico perdonándolo por haber pasado antes al periódico de su enemigo Epaminondas: «Lo hago por el camaleón» (339).

La conversión del barón en el segundo héroe de la novela se refuerza, por paradójico que sea, con su violación de Sebastiana, criada devota de su esposa Estela, ¡en presencia de ésta! O sea que para rematar su guerra contra el fanatismo, Vargas Llosa escoge atrevidamente uno de los abusos más comunes y corrientes y más reprensibles del hacendado arquetípico, y *en esta situación particular*, lo cuestiona. Aunque desde el punto de vista de la criada, nunca deja de ser una violación puesto que ni todas las palabras ni todos los gestos delicados ni todas las caricias eróticas del barón logran vencer su miedo y su resistencia. Vargas Llosa parece justificar esta violación. Desde el principio de la escena, se recalca el amor del barón por su esposa enloquecida: «Sólo ella importa» (500). Cuando ella aparece y observa lo que está pasando, «no parecía asustada, enfurecida, horrorizada, sino ligeramente intrigada» (505). Incluso, «ese volcarse hacia afuera, ese interesarse en algo ajeno» (505) puede indicar el comienzo de una vuelta a la cordura. Agradecido por la actitud de su esposa, el barón le besa los pies y la mano. Enardecido otra vez, consuma la violación de la criada mientras su esposa, sentada en el borde de la cabecera de la cama «tenía siempre las dos manos en la cara de Sebastiana, a la que miraba con ternura y piedad» (507). El episodio se cierra con una escena de éxtasis total: el barón se despierta en la cama de Sebastiana; observa con ternura a Sebastiana y a Estela dormidas en la cama de ésta; observa «la bahía encendida por el naciente sol» (507); y con los prismáticos de Estela, observa cómo «las gentes de las barcas no estaban pescando sino echando flores al mar... y, aunque no podía oírlo —el

pecho le golpeaba con fuerza— estuvo seguro que esas gentes estaban también rezando y acaso cantando» (508).

La interpretación positiva de este episodio respecto al barón se refuerza por su relación con el periodista miope quien le había hablado «afiebrado del amor y del placer: “Lo más grande que hay en el mundo, barón, lo único a través de lo cual puede encontrar el hombre cierta felicidad, saber qué es lo que llaman felicidad”» (502).

La mujer, tanto del periodista miope como del anarquista Gall, es Jurema, la esposa del rastreador Rufino, la que protagoniza otra condena del fanatismo de parte de Vargas Llosa. Igual que García Márquez en *Crónica de una muerte anunciada*, Vargas Llosa condena el fanatismo de las costumbres matrimoniales. Rufino se siente obligado a lavar su honor matando a su esposa Jurema porque fue violada por Gall. Cuando Rufino acaba por encontrar a Gall, éste se defiende con un palo pero en vez de matar a Rufino, trata de razonar con él, de acuerdo con su fe ciega en el anarquismo que lo empuja hacia Canudos: «—Ciego, egoísta, traidor a tu clase, mezquino, ¿no puedes salir de tu mundito vanidoso? El honor de los hombres no está en sus caras ni en el coño de las mujeres, insensato. Hay millares de inocentes en Canudos. Se está jugando la suerte de tus hermanos, compréndelo» (280). Desde luego que Rufino no comprende las palabras de Gall y siguen luchando hasta que «agonizan abrazados, mirándose» (294).

Rematando su crítica del fanático código matrimonial y a la vez subrayando su insistencia en una visión de mundo mágicorealista, Vargas Llosa junta a Jurema con el periodista miope. Para cada uno, su amor representa el colmo de la felicidad y del placer. El hecho de que ese amor se haya realizado en Canudos «“...cuando empezó a deshacerse el mundo y fue el apogeo del horror”» (472) hace aún más inverosímil esa unión:

Otra vez se apoderó del barón esa sensación de irrealidad, de sueño, de ficción, en que solía precipitarlo Canudos. Esas casualidades, coincidencias y asociaciones lo ponían sobre ascuas. ¿Sabía el periodista que Galileo Gall había violado a Jurema? No se lo preguntó, se quedó perplejo pensando en las extrañas geografías del azar en ese orden clandestino, en esa inescrutable ley de la historia de los pueblos y de los individuos que acercaba, alejaba, enemistaba y aliaba caprichosamente a unos y otros. (472)

Como complemento de su condena del fanatismo, Vargas Llosa rompe con una serie de estereotipos de las novelas hispanoamericanas: el barón de Cañabrava, hacendado todopoderoso que está dispuesto a transigir con sus enemigos y que se humaniza por el amor sincero que siente por su esposa; el comerciante Antonio Vilanova que sacrifica su negocio y arriesga la vida para convertirse en el verdadero fundador y organizador de Canudos; el general Arthur Oscar que

interrumpe el último asalto a Canudos para no aumentar el número de muertos y heridos; la conspiración británica, imperialista, que resulta ser pura mentira; y el soldado homosexual Queluz que aguanta en silencio los latigazos y termina por capturar al yagunzo Pajeú después de una tremenda pelea en la oscuridad (pero sin saber quién era su contrincante).

Volviendo a las palabras finales de la novela —«Yo los vi»—, el periodista miope, a pesar de haber estado presente en la última batalla de Canudos, no vio lo que sucedió porque se le habían roto los anteojos. No sólo desconfía de su propia visión miópica, sino también de la visión normal de los otros corresponsales que «podían ver pero sin embargo no veían. Sólo vieron lo que fueron a ver» y termina preguntando: «¿Es posible el desapasionamiento y la objetividad en una guerra?» (394). Para escribir la historia de Canudos, el periodista no puede fiarse de sus propios ojos; tiene que basarse tanto en los periódicos como en las entrevistas con el barón y otros personajes para intentar una recreación de los sucesos. Mientras el barón prefiere olvidarse de Canudos, el periodista miope sigue obsesionado con el tema y, como un verdadero héroe, persiste en su lucha valiente de recopilar datos de todas partes. Sin embargo, de acuerdo con la visión del mundo de Vargas Llosa, el libro del periodista sólo será una aproximación a la verdad histórica o, en la tradición de Borges, una re-escritura de las historias de los troveros narradas por el Enano y conocidas por el cangaceiro arrepentido Joao Abade, ex Joao Satán, entre otros.⁴ Además de su base realista, esos asesinos arrepentidos tienen sus antecedentes en la «Terrible y Ejemplar Historia de Roberto el Diablo» (338) que se menciona a través de toda la novela. Sin embargo, no es hasta las últimas páginas que se establece el gran paralelismo entre los yagunzos arrepentidos y el Roberto legendario. A pesar de haber hundido la faca en los vientres de las mujeres embarazadas, de haber degollado a los recién nacidos y de haber prendido fuego a las cabañas donde dormían las familias (522), muere llamado Roberto el Santo «convertido en piadoso ermitaño» (522). Así es que el mundo es un laberinto borgiano donde las cosas más extrañas pueden suceder. El mismo periodista miope reconoce que «si hubiera lógica en esta historia, yo debería haber muerto allá varias veces» (475). En este mundo tan ilógico, no sería raro que fuera elegido presidente del Perú un novelista ex socialista con una plataforma en la cual afirma los valores de la democracia capitalista, o sea... un camaleón.

4. Recuérdese la afición de Vargas Llosa por las novelas de caballerías atestiguada por su edición de *Tirant lo Blanc* (1969).

BIBLIOGRAFÍA

- E. DA CUNHA, *Os sertões*, Sao Paulo, Editorial Cultrix, 1973.
- A. MAC ADAM, «Euclides da Cunha y Mario Vargas Llosa: meditaciones intertextuales», *Revista Iberoamericana*, 126 (enero-marzo de 1984), pp. 157-164.
- C. MENESES, «La visión del periodista, tema recurrente en Mario Vargas Llosa», *Revista Iberoamericana*, 123-124 (abril-septiembre de 1983), pp. 523-529.
- J.M. OVIEDO, «Chronology», *Review*, (Spring 1975), pp. 6-11.
- , «Vargas Llosa en Canudos: versión clásica de un clásico», *Eco*, 246 (abril de 1982), pp. 641-664.
- , «Vargas Llosa in Canudos», *World Literature Today*, (Winter 1986), pp. 51-54.
- A. RAMA, «La guerra del fin del mundo, una obra maestra del fanatismo artístico», *Eco*, 246 (abril de 1982), pp. 600-640.
- R.D. SOUZA, «La guerra de ideologías en *La guerra del fin del mundo*», *La historia en la novela hispanoamericana moderna*, Bogotá, Tercer Mundo, 1988, pp. 69-88.
- R.L. WILLIAMS, *Mario Vargas Llosa*, New York, Ungar, 1986, pp. 121-150.